

así como la del pueblo que me rodea, datan del año 1309, por privilegio otorgado por don Fernando IV al Copero Mayor de doña María de Molina, don Hernán Pérez de Monroy. Más tarde, en 11 de Agosto de 1371, don Enrique II hizo villa a esta aldea, con facultad de tener horca en ella. El 15 de Octubre de 1501, Hernando de Monroy «el Bezudo», fundó el gran mayorazgo de esta casa a favor de su hijo don Fabián. Y el año 1634 fué elevado el mayorazgo a marquesado, en la persona de don Sancho de Monroy y Zúñiga, gobernador de la plaza de Cambray, en los Estados de Flandes.

Como vé, mi solera militar y elevada alcurnia no pueden tener mejores ejecutorias. En cuanto a la importancia y prestigio que llegué a tener en la Edad Media, así como la villa que lleva mi nombre, aparte de lo que queda dicho y por decir, dan testimonio los grandes pleitos sostenidos entre Plasencia y Trujillo, sobre a cuál de las dos jurisdicciones pertenecía, y el caso presentado con motivo del matrimonio de doña Catalina Alonso de Monroy, poseedora de esta gran casa, y don Mosén Guirao, camarero de don Enrique II, en el que este rey les autorizó para que el apellido Monroy lo siguiera usando la descendencia que tuvieran.

¿Que ignoraba o no presumía cuanto acabo de decirle? Pues en otra ocasión le seguiré contando mi vida. Hoy no puedo hacerlo. Me siento cansado y triste. Cansado de la excitación sufrida, ante las desconsideraciones de que he sido objeto. Triste, porque estoy cada vez más convencido de la total indiferencia que, en estos tiempos inspiran los seres de los que nada se puede esperar, ni temer.»

Y con el gesto grave del gran señor que pone fin a las audiencias del día, me despidió.

VICENTE ALBARRAN MURILLO



## Desde la lejanía

(POEMAS)

Por ALFONSO ALBALÁ CORTIJO

Tercer volumen de la Colección de Estudios Extremeños  
(Sección de Literatura), publicado por los Servicios Culturales de esta Excelentísima Diputación Provincial

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS DE CACERES

## POEMA DEL CIEGO

I

Sus manos finas, breves, inquietas, temblorosas,  
buscaban el contorno, la forma de las cosas.

—«¿Cómo será este libro? ¡Quién pudiera leerlo!  
Tendrá hermosas estampas, mas nunca podré verlo.»

E invade su alma ingenua vaga melancolía  
porque en su larga noche nunca amanece el día.

Inconsciente, un suspiro se le escapa al pequeño.

Es que en sus manos tiene ¡un avión de ensueño!...

—«¿Cómo es este juguete? Contesta, madre mía.»

—«Yo no sé, hijo del alma... ¿Cómo te explicaría?

Tiene de ave la forma. Tal vez de mariposa»

y en sus brazos al hijo acoge cariñosa.

Mientras el niño ciego su rostro acariciaba

«¿Cómo será mi madre?» — en su interior pensaba —.

Y una voz misteriosa le decía

con cruel ironía:

¡Sufre de tu destino los antojos,

que no se hizo la luz para tus ojos!

II

Camina lentamente del brazo de su amada.

¿Qué mejor lazarillo tuvo nunca el amor?

Y aunque sus claros ojos miran, sin ver, las cosas  
va sintiendo el paisaje que tiene en derredor.

El dosel que formaba la frondosa arboleda;

el verdor de los campos, salpicados de flores;

la alegría del sol que brilla deslumbrante,

que todo lo embellece con sus rojos fulgores.

Y allá lejos... muy lejos, velados por la bruma,

horizontes lejanos de contornos inciertos,  
y a su lado... unos ojos que quisieran dar vida  
inundando de luz sus pobres ojos muertos.  
Y la voz misteriosa repetía  
con cruel ironía:  
¡Sufre de tu destino los antojos  
que no se hizo la luz para tus ojos!

## III

Torpes los movimientos, la piel rugosa y fría,  
junto al fuego, el anciano, la madeja deslía  
de sus gratos recuerdos y dulces emociones.  
¡Recordar... es la vida de viejos corazones!  
Aquel juguete nuevo de construcción extraña;  
aquel amor inmenso que amante le acompaña  
a través de la vida y hasta la misma muerte  
(¡que sólo les separa por ser esta más fuerte!)  
Privado desde niño de la luz de sus ojos  
nunca pudo admirar los bellos labios rojos,  
ni el oro del cabello de la mujer amada,  
ni ofrecerle alma y vida sólo en una mirada.  
No vió salir el sol en mañanas radiantes,  
ni contempló la noche de estrellas rutilantes.  
Flores, pájaros, nubes, todo cuanto en la vida  
es admirable y sumo y a extasiarse convida;  
ni los lagos tranquilos, ni la mar encrespada,  
sus pupilas serenas ¡no gozaron de nada!...  
Y una voz celestial le repetía  
en su triste agonía:  
«¡No temas del destino los antojos  
porque la luz de Dios  
llenará de fulgores la noche de tus ojos!»

ELADIA MONTESINO

## Yo también le he conocido...

Para César González Ruano.



un Abogado madrileño, ni muy endiosado ni muy zurupeto pero sí lleno de experiencia, de malicia curialesca, de conocimiento de la vida en todos sus matices y de cuentecillos y anécdotas de varios colores, que le habían rodeado de simpatía y popularidad, le oí decir:

—Los mejores pleitos hay que buscarlos en los mostradores de las tasas y en las plataformas de los tranvías.

Efectivamente: no es en los salones de la alta sociedad ni en las aulas docentes donde suelen saltar como las liebres ante la escopeta del cazador, las piezas ¡buenas piezas, por cierto! de la aventura y el litigio, ni los tipos populares, fanfarrones y buscarruidos tras los cuales en no pocas ocasiones, aparece, como pariente: como amigo: como valedor, la figura eminente o cuando menos popular, cuyos pormenores e intimidades siempre interesa conocer. Para ello hay que brujulear, como aconsejaba mi amigo, por colmados, por churrerías, por las calles misteriosas y abandonadas de los barrios extremos o por las rúas con solera histórica.

Algo de esto pude yo observar en el bufete por mí frecuentado en mis últimos años escolares, por el que desfilaba una no despreciable clientela, entre la que distinguí a tipos, a documentos humanos verdaderamente deliciosos. En este momento se me destacan en la memoria dos Antonios: Don Antonio Tarazona y don Antonio Mazpule. El primero era astrónomo, Director del Observatorio de Madrid, verdadero sabio de comedia de Pascua, vestido con una ropa holgadísimas que le hacía buchetas y arrugas por todas partes tan distraído, que era de esos que mojan la pluma en la caja de cerillas y se guardan el tintero en el bolsillo; cada dos por tres iba a evacuar una necesidad menor, de manera que estaba más tiempo en los pasillos que en la consulta, por cuya razón se habían hecho populares entre la servidumbre sus gafas de cristales tan grandes como ruedas de bicicleta y sus revueltas barbas de perro grifón. Y el segundo era un andaluz, ganadero de reses bravas, hartito corto de talla, en extremo gordo, con la cabeza sin cuello, redonda y pelada como una bola del Puente de Toledo o como un pisapapeles; le habían puesto un pleito que él quería transigir, y le decía a su Letrado:

—Mi alma, a ver si nos pone usted «alicórdeles».

\* \* \*

E igualmente tuvieron entrada en el despacho de mi Jefe, la alegría del Circo con el Clon Francisco Pichel, que de zagal había ido